

El bosque vacío

(Final)*

Fue el último verano de mi juventud. No dejé de ser joven de golpe ni abolieron los veranos por decreto, pero ya no fue lo mismo. No lo digo con nostalgia sino observando que allí y entonces (espacio y tiempo inseparables) pasó algo que me hizo comenzar a alejarme del que había sido. Uno de los ciclos, quizá, de muerte y resurrección de esta inmortal vida que sólo la logra vencer la muerte, pero siempre al final.

Dejé mi trabajo en el estudio de arquitectura donde desde hacía ya varios años me pasaba un montón de horas haciendo rayas como un poseso sobre una gran mesa. Al principio me gustaba, y me gustaban todos esos aparatitos llenos de medidas, los papeles, dibujar secciones y fachadas o, ya más avezado, algún detalle constructivo a gran escala. Odiaba las plantas de instalaciones eléctricas, las fontanerías y los cimientos; pero ya no me era posible dedicar todas esas horas a una tarea de la que me había apartado por completo. Llamé por teléfono al jefe de estudio. No podía ir, me había sentado mal una comida. Sí, un cólico, un pescado en mal estado, una espina atravesada de parte a parte de la tráquea; ha sido realmente terrible, lamentable, el médico, los médicos, las parcas enfermeras, tal vez el hospital, podría ser grave, incluso muy grave, un caso delicado y raro como el pez pulmonado y el unicornio. ¿En unas semanas? Tal vez más, hay que pensar en el pescado, en la herencia ponzoñosa, la espina, la tráquea, el mar Mediterráneo, la playa de Escila y luego la de Caribdis. Ciertamente habré de guardar reposo, tal vez en Abisinia con la cintura llena de oro, o en Cabo Blanco bebiendo caipiriñas con Enrique el Incierto, en las umbrías de los igapós, camino del Urubamba, sí, adiós, adiós, os mandaré fotos, con la piel curtida y la mirada extraviada sobre los esplendores indómitos de los días tropicales, os mandaré mis rotrings, mis minas HB, 3H, 2H, las gomas stanled, las cuchillas de raspar, la tabla periódica

* Tercero y último de los tres capítulos que componen El bosque vacío. Los anteriores se publicaron en los números 511 y 527 de esta revista.

de los elementos, el Neufert, os mandaré mi bata, el tarro de amoníaco, el afilalápices, la suma de los escalones: 17-34-51-68-85-102, etcétera, hasta llegar al último piso desde donde saludo a todos los colegas y a la afición en general. Adiós.

Era sábado por la mañana. Acababa de despertar, pero no quería ver el sol, demasiado brillante y ufano. En la casa se oía a Nicolás trasladar el caballete de sitio, mover sillas, tirar a cada instante de la cisterna del baño, abrir las ventanas, poner la cafetera (lo único agradable), y todo eso significaba que Nicolás estaba pintando. Cuando me encontraba a punto de volver a dormirme entró en mi habitación para preguntarme si me gustaba el azul turquesa que tenía en la paleta. «Prefiero una tostada con café», le respondí. «Muy surrealista lo tuyo» —dijo el pintor con una expresión que a mí me dolía oír, pero que él aplicaba con generosidad a todo lo que le parecía raro. Se sentó a los pies de mi cama y encendió un cigarrillo. Nicolás no decía nada, sólo me miraba de forma penetrante, como si estuviera leyendo en los pozos de mi resaca. Al fin se arrancó: «Tienes ojeras, se te está poniendo cara de milenarista. Anoche te sentí llegar, no creas que estaba dormido, ni mucho menos: andaba con eso de lo espiritual en el arte. Un libro difícil. Lo dejé y comencé otro sobre el azar y la necesidad. La verdad es que no pude pasar del título porque me hizo pensar mucho. Debe ser algo así como el que la sigue la consigue, pero la encuentra siempre que uno esté en el caballete. Porque si no estás en el ajo es como comer sin abrir la boca, nadar sin agua, pensar con las cosas mismas...» «Etcétera, Nicolás». «Sí, lo importante es la labor diaria, el trabajo, permanecer atento. Si la inspiración llega, que te coja confesado. Esto lo dijo un poeta. Es verdad que todo lo demás, la chispa, la gracia, el duende, el no sé qué, ya sabes, lo que está en el aire, es imprescindible. Pero óyelo bien, despierta, el caballete es frígido y necesita un buen seductor. Es como uno de esos caballos que en cuando se sube un novato va directo a la zanja de riego, y ¡zas!, al agua; y un maestro lo que logra es hacerlo dar saltitos, paso español, inglés, vaquero, etc. ¿Me sigues? Ahora bien, si dentro de ti no está la pintura, es inútil que la busques fuera como un jornalero: no saldrás de pobre, de oscuro retratista, autor de mónadas perfectas y perfectamente imbéciles. Si tienes sueño me lo dices, que me marchó, sólo estoy haciendo algo de tiempo mientras se seca una zona del cuadro. Ahora lo verás. Te voy a preparar un café cargado para que te levantes. Una persona joven como tú durmiendo en una mañana de verano como ésta es algo lamentable».

Nicolás volvió a su estudio y continuó haciendo ruido, ordenando libros, cambiando discos antes de que comenzaran a sonar, hablando desde el pasillo sobre lo que podríamos hacer aquel sábado. La casa olía a trementina

y a café. Decidí levantarme. Nicolás había preparado con uno de sus cien brazos, un copioso desayuno: tostadas, magdalenas, patés, mermeladas y el humeante café. Quizás haya pocas cosas en la vida tan buenas como un buen desayuno. Estaba claro que Nicolás no pensaba dar ni una pincelada más en todo el día. Se le veía con ganas de aventurarse iniciáticamente de Salduba a Málaga, y luego quizá, sobre las dos de la mañana, regresar a Salduba, pasar por lo de Cárleton para ver quién había por allí y luego a Pepe Moreno, pedir un whisky, echar un vistazo a la pista de verano, invitar a la rubia platino de ojos azules y aire ingenuo, pero que sabe lo que quiere o tal vez quiera saberlo, a tomar una copa con nosotros: ella tiene una amiga que apenas si habla español, ni inglés, pero se entenderá muy bien conmigo en tagalo, lengua que hablo sin acento, y quizá le apetezca fumar un poco de kif, cambiar de sitio, ir a tomar algo al puerto, algo ligero de comer dada la hora tardía y luego y luego y luego. Pero el primer paso es salir a la calle, bien duchados y con un ligero olor a agua de colonia, acercarnos a la zona de los bares y, después de hojear el periódico, probar las barrocas ofertas de tapas: sardinas, jureles, boquerones, chanquetes, sepias, todo ello regado con cerveza helada. Antes de beberse cada cerveza, Nicolás afirmaba que lo más importante es vivir y que todo lo demás (?) es secundario. ¡Como para no estar de acuerdo!

—Vivir es lo más importante, ni enamoramientos ni gaitas, Juan. Ya verás cómo todo cambia con los años. Eso de depender de una persona de manera exclusiva..., no, no, eso no es para mí. Hay que descender. Al mundo hay que vivirlo desde el vértice mismo donde confluyen las piernas: la gruta de Alí Babá y los cuarenta ladrones, todo un tesoro; pero óyeme y deja de poner puntos y comas, que parece que estoy aquí comiendo y bebiendo solo.

—No me he ido, Nicolás, pero es que no dejas de hablar a nadie: hablas y pides cervezas y chanquetes y mojamas y más cervezas y conchas finas y entrepiernas, y vida por todas partes como si esto fuera una feria y nosotros estuviéramos dando vueltas en un tiovivo.

Nicolás no me oía: estaba concentrado en unas coquinas que le hacían saltar las lágrimas, y se acordaba de su madre, que las preparaba de manera impar.

—Sigue, Juan, que yo te oigo. Pero lo mejor sería que nos tomáramos un cafelito. Son las cuatro de la tarde; buena hora para coger el coche e irnos tranquilamente a Málaga.

Dicho y hecho. No mucho más tarde llegamos a Málaga y fuimos directamente a una dirección que Nicolás parecía conocer bien. Cuando una voz de mujer preguntó que quién por el portero automático, Nicolás respondió con aplomo y con un no sé qué de grito de guerra, «¡El bigotes!». Lo miré

sorprendido. Subimos. Una señora de unos cincuenta años, muy arreglada pero suelta, nos abrió la puerta y saludó efusivamente a Nicolás que, mientras la besaba, giraba hacia mí para presentarme. «Pasad, pasad. ¡Pero cuánto tiempo sin verte!». Llegamos a un saloncito donde había dos mujeres jóvenes que se levantaron al vernos y nos besuquearon. Yo no sabía qué hacer y me apresuré a sentarme. En cambio, Nicolás se movía con gran desenvoltura y observé que allí todo el mundo le conocía; no sólo la «madame», también las dos jóvenes y las que llegaron a la sala unos minutos después. Estábamos rodeados por ocho o nueve mujeres, ligeras de ropas, animadas en una tertulia que yo no acababa de comprender del todo. En un momento dado, Nicolás me miró y me preguntó a quién me llevaba. Al verme algo desconcertado, se apresuró a interpretarme. «No te preocupes por eso, yo te invito». No, no era eso, aunque no me sobraba el dinero; se trataba de Julia. «¿Cómo?», preguntó más desconcertado que yo. «Pues es así —le dije en un apartado—, no puedo hacerlo, no puedo hacerle esto a Julia. Será mejor que tú hagas lo tuyo y yo me quede aquí, ¿de acuerdo?». Nicolás se volvió hacia las mujeres y con una expresión cómica les explicó lo que llamó un «problema metafísico». «Pero —añadió—, yo me llevaré ración doble». Nicolás desapareció con dos chicas y yo me quedé solo en la sala con cinco o seis mujeres que me miraban, como comprendí poco más tarde, con algo de admiración. Nuestra conversación versó sobre los males de este mundo y sobre la falta de inocencia. Después de los primeros minutos de nerviosismo, comencé a sentirme a gusto y, con precaución, les solté algunas pequeñas parrafadas sobre el amor, la fidelidad, y otros temas afines. Una de ellas me contó que tenía novio y que jamás le era infiel. «No, no lo soy, porque yo no siento nada con los hombres que vienen aquí y con él sí, él sí existe; además, jamás beso en la boca a un cliente, puedo hacer cualquier cosa menos eso». Otras se animaron a contarme sus situaciones afectivas y yo las oía con atención. En nada de tiempo, aquello se había convertido en un consultorio sentimental. Se habían sentado todas cerca de mí, en corro, y todas esas putas y yo parecíamos ejercitarnos en un cursillo de buena conducta con voluntad redentora. Cuando salió Nicolás, nos hallábamos en plena cháchara. Una de ellas sacó un pañuelo para secarse las lágrimas, y yo me levanté con el corazón algo acongojado por el pobre destino de mis contertulias. «Vámonos, le dije a Nicolás, vamos a llegar tarde». Me despedí de ellas con besos y carantoñas, y a punto estuve de arrepentirme de mi «problema metafísico», pero ya era un poco tarde para eso. Salimos de la casa. Yo iba tan contento como un cura que hubiera salvado a un infiel de las puertas del infierno.

—¡No sólo no te acuestas con ninguna de ellas, sino que encima las haces llorar! —dijo Nicolás mientras nos acercábamos a un cine donde proyectaba películas de «arte y ensayo».